

# MITOS Y REPRESENTACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Editores

**Gastón Becerra | Joaquín Mezzadra | Guillermo Movia**



# “La IA mata la creatividad humana”. Al contrario: puede llevarla más allá de lo imaginable

Gabriela Oberlander y Emanuel Gagnolo

## Creatividad (¿todavía?) humana

En una era marcada por la expansión acelerada de la inteligencia artificial, la creatividad humana se transforma en un campo de tensiones entre lo humano y lo artificial. ¿Sigue siendo patrimonio exclusivo de nuestra especie, o las máquinas comienzan a reclamar un lugar en ese ámbito que creíamos profundamente propio? Mientras algoritmos generan poemas, imágenes o sinfonías, se reactiva una antigua inquietud revestida de problemáticas contemporáneas: ¿qué distingue la creación humana de una producción automatizada? Lejos de constituir un simple dilema, este interrogante desestabiliza nuestras nociones sobre lo humano, lo singular y lo expresivo. Cuestiona no solo nuestras capacidades, sino también nuestras formas de vincularnos con el mundo y de inscribirnos —simbólicamente— en él.

El debate no radica en determinar si una máquina puede crear, sino en qué significa crear. Esta inquietud no es nueva, aunque adquiere matices específicos en una época que consagra la eficiencia, la automatización y la inmediatez como valores centrales. En ese marco, la creatividad —ese proceso a menudo caótico, lento y atravesado por lo afectivo y lo incierto— aparece amenazada, como si pudiera reducirse a una ecuación o a una línea de código.

No sorprende, entonces, que imaginar a la IA como una amenaza para la creatividad humana genere desconfianza, temor o rechazo. Nos toca un nervio íntimo: ¿y si lo que considerábamos más nuestro, más singular, estuviera a punto de ser desplazado? La sospecha de que la inteligencia artificial irrumpa en el terreno simbólico y expresivo activa una alarma profunda, tejida tanto con miedos contemporáneos como con narrativas heredadas. La ciencia ficción, con sus imágenes de androides artistas o escritores automatizados, ha sabido instalar esa figura inquietante de una máquina que no solo piensa, sino que siente, y expresa mejor y más rápido que las personas.

También hay memoria de un miedo anterior. En tiempos de la Revolución Industrial, las primeras máquinas desplazaron la fuerza muscular; hoy, las nuevas tecnologías parecen desafiar la mente, la imaginación, la sensibilidad. El temor ya no es perder el empleo físico, sino algo más abstracto y, a la vez, más visceral: perder la voz. Como entonces, emerge una angustia que se disfraza de rechazo técnico, pero que en realidad expresa algo más hondo: la fragilidad del lugar que creemos ocupar en el mundo.

Sin embargo, acaso el problema no radique en la aparición de nuevas herramientas, sino en cómo interpretamos su irrupción y cómo imaginamos su impacto. Allí se revela un falso dilema de exclusión: si la IA crea, entonces las personas no creamos. Tal vez no estemos asistiendo al final de la creatividad humana, sino a una transformación de sus formas, sus tiempos y sus mediaciones. Y es en este punto donde comienza nuestra exploración: no en el lamento por lo que se pierde, sino en la pregunta por lo que se reconfigura.

En este contexto, lo que realmente se disputa no es la capacidad de las máquinas para crear, sino el propio concepto de creatividad. Durante siglos, la cultura occidental sostuvo una visión del acto creativo como revelación individual, como destello de genialidad solitaria. Sin embargo, crear nunca es un acto puro: es un proceso atravesado por lo vivido, lo heredado y lo compartido. En contraste con la imagen romántica de la persona artista inspirada, la producción simbólica se configura como una trama de cuerpos, vínculos, recuerdos, saberes y afectos. Concebir la creación como un fenómeno exclusivamente individual no solo resulta falaz, sino también políticamente funcional: perpetúa una idea meritocrática del “genio” y oculta las redes que la sostienen —lecturas, vínculos y lenguajes que la preceden—, tejido esencial de toda producción cultural.

Desde un análisis relacional, Bourdieu (1995, 1992) —en el marco de su teoría del campo— sostiene que toda producción cultural se inscribe en un espacio atravesado por relaciones de poder, donde los actores disponen de distintos volúmenes y tipos de capital cultural —saberes, competencias, disposiciones— que condicionan su capacidad de ser reconocidos como creadores legítimos. Este enfoque cuestiona las interpretaciones personalistas, al mostrar que la idea del “genio” individual oculta las condiciones estructurales y naturaliza las desigualdades que determinan quién puede crear y ser validado socialmente. Desde esta perspectiva, el mito de que la inteligencia artificial “mata la creatividad humana” se desmorona: la IA no elimina una esencia creativa pura, porque esta nunca existió aislada de las mediaciones sociales. Lo que introduce es un nuevo terreno de disputa por los capitales culturales, donde el desafío no es defender una creatividad idealizada, sino democratizar el acceso y el uso de la herramienta para que potencie —en lugar de restringir— las posibilidades expresivas de más personas.

La escritora española Rosa Montero, en su libro *La ridícula idea de no volver a verte* (2013), reconstruye la vida de Marie Curie como una trayectoria marcada por el dolor, la persistencia y el deseo de decir algo propio en un mundo hostil. En un pasaje conmovedor, afirma que “la creatividad es justamente esto: un intento alquímico de transmutar el sufrimiento en belleza” (p. 119). No hay en esas palabras ningún intento de negar la inteligencia o el esfuerzo, pero sí una certeza profunda: que crear no es solo producir, sino habitar el mundo desde la intensidad de lo que

“La IA mata la creatividad humana”. Al contrario: puede llevarla más allá de lo imaginable

duele, lo que falta, lo que busca sentido y también lo que emociona. Suponer que una herramienta técnica puede borrar la singularidad de una obra humana equivale a desconocer cómo se construye todo proceso expresivo y a ignorar que, detrás de la herramienta, también hay personas creativas, con intenciones, decisiones y sesgos.

## ¿La IA refleja nuestra creatividad?

Al solicitarle a la IA una imagen sobre el título de este ensayo, el resultado fue revelador: dos figuras masculinas, jóvenes, enfrentadas. Una, visceral y orgánica; la otra, metálica y controlada (*Figura 1*). A pesar de su "origen artificial", la imagen reproduce un imaginario profundamente normativo: cuerpos masculinos, hegemónicos, atléticos, sin rastros de envejecimiento, femineidad o diversidad. Estereotipos replicados por modelos algorítmicos entrenados sobre sesgos históricos.

La representación no es neutral. Con conceptos de Suely Rolnik (2019), podemos leer allí la inscripción de un inconsciente colonizado por el capitalismo neoliberal. Al encarnar la creatividad —y su amenaza— en cuerpos controlados y binarios, la imagen bloquea lo múltiple, lo híbrido, lo vital. Lo creativo queda reducido a una disputa entre polos rígidos, sofocando su potencia transformadora y borrando la presencia de cuerpos diversos y fuerzas vivas.

Abrir esta imagen al análisis nos permite también reimaginar lo posible, lo colectivamente transformador. Concebir la creatividad como una práctica situada, relacional y mediada —incluso por dispositivos digitales— habilita otros modos de hacer, más abiertos, colaborativos y democráticos. En ese punto, lejos de ser una amenaza, la IA puede revelarse como un impulso, una provocación, un umbral. No porque nos sustituya, sino porque nos confronta con la pregunta esencial: ¿desde dónde, con quiénes y para qué creamos?

Nos exige redefinir el gesto creativo como un acto relacional y recuperar su dimensión corporal y mágica: aquello que la razón moderna y el disciplinamiento —como advierte Federici (2010)— intentaron someter, aquello que el capitalismo necesitó normar para volverse posible. En un tiempo atravesado por algoritmos, lo poético, lo político y lo colectivo se convierten en formas de resistencia creativa.

**Figura 1.**

*Imagen generada con IA a través de Copilot. Prompt: "Crear imagen: La IA mata la creatividad humana".*



*Fuente: Microsoft Copilot*

“La IA mata la creatividad humana”. Al contrario: puede llevarla más allá de lo imaginable

## La creatividad en lo cotidiano

La creatividad humana se despliega también en actos cotidianos: al resolver, cuidar, sostener, reparar o conversar. En cada mínimo acto existe espacio para la expresión creativa. Tanto en el abanico de los trabajos no remunerados como en el de los trabajos remunerados, la creatividad está presente. Y es esperable que la inteligencia artificial llegue a cada uno de estos ámbitos. Si bien la mirada, la escucha y la empatía humana no podrán ser sustituidas (eso creemos), es probable que muchas tareas se transformen radicalmente. Algunas actividades rutinarias, estructuradas y basadas en reglas podrían ser reemplazadas por completo; otras podrían adoptar formatos híbridos, combinando habilidades humanas con herramientas automatizadas; mientras que otras permanecerán en el terreno de lo humano, allí donde la sensibilidad, el juicio ético o la afectividad resulten imprescindibles.

Según el informe *Job Creation and Local Economic Development 2024, The Geography of Generative AI* (OCDE, 2024, p. 157), las ocupaciones vinculadas al *software* presentan los niveles más altos de exposición a la IA generativa, alcanzando en algunos casos hasta el 87% de los trabajadores (42 puntos porcentuales por encima del promedio), lo que las sitúa como el grupo más impactado por esta tecnología. Les siguen las ocupaciones culturales y creativas, con una exposición aproximadamente de 2 puntos porcentuales superior a la media. Tal como señalan Muro, Methkupally y Kinder (2025), la IA generativa se adapta mejor a tareas cognitivas no rutinarias asociadas a empleos de mayor nivel educativo y remuneración, mientras que la manufactura, los oficios y los cuidados directos presentan una exposición mucho menor.

El *Generative AI Outlook Report* (Abendroth et al., 2025, p. 3) también indica que la IA generativa impactará a las industrias creativas, y advierte sobre los riesgos de la desinformación, sesgos, la disrupción laboral y amenazas a la privacidad. En línea con esta visión, la Comisión Alemana de la Unesco (2024, pp. 6-7) sostiene que la protección y promoción de la diversidad cultural debe ser un principio rector en la gobernanza de la IA, señalando que los sistemas actuales tienden a concentrar contenidos y reforzar una “monocultura” global. Se destacan la importancia de los marcos jurídicos y la necesidad de fortalecer las capacidades locales para garantizar ecosistemas digitales plurales y centrados en las personas, preservando las expresiones culturales y la participación del Sur Global. Según el *Future of Jobs Report 2025* (WEF, 2025, pp. 5, 37), más de 1000 empleadores en 55 economías anticipan que la IA y la automatización transformarán el mercado laboral en los

próximos cinco años. Entre las habilidades clave hacia 2030 destacan la alfabetización en IA y *big data*, las redes y la ciberseguridad, el pensamiento creativo, la resiliencia y la flexibilidad, así como la curiosidad y el aprendizaje continuo.

Estos diagnósticos dialogan con la perspectiva de Manuel Castells (2000), para quien, en la sociedad, la oportunidad diferencial de acceso al poder de la tecnología constituye una fuente decisiva de desigualdad (p. 62), generando procesos de segmentación y exclusión social (p. 172). Advierte que la incorporación de personas y territorios a la constelación de Internet —o su exclusión de ella— tendrá efectos perdurables en la distribución global de la comunicación y la cultura (pp. 418–419). Así, las transformaciones tecnológicas no son neutras: reorganizan los flujos de información y capital, redefinen jerarquías y reconfiguran las relaciones de poder.

La integración de la IA al entramado productivo y cultural se inscribe en esta dinámica: puede ampliar las capacidades humanas, pero también profundizar las asimetrías de acceso y participación si no se acompaña de políticas redistributivas que garanticen inclusión y pluralidad. En este marco, las cifras señaladas por la OCDE, la Unesco y el WEF no son meras proyecciones técnicas, sino que revelan cómo los nodos de esta red global redistribuyen —y, con frecuencia, concentran— oportunidades, recursos y capacidades creativas. La posición de cada país, sector o individuo condiciona tanto el impacto que recibirá como su capacidad de apropiarse de la tecnología para generar valor económico, simbólico y social.

## **De la imaginación sociológica a la disputa de sentidos**

Se desprende un nuevo debate, que tampoco radica en si la IA sustituye o no la creatividad humana, sino que cuestiona quién controla los flujos de información y cómo se distribuyen sus beneficios. Lo que está en juego es comprender cómo estas transformaciones reconfiguran nuestras posibilidades de acción, nuestros horizontes de sentido y las formas de ejercer y disputar el poder. Este tipo de interrogantes exigen una mirada capaz de vincular experiencias individuales y colectivas, con estructuras históricas, reconociendo que las innovaciones tecnológicas no solo modifican lo que hacemos, sino también lo que imaginamos posible y legítimo.

Frente a este desafío, la transición hacia un ecosistema social y productivo atravesado por la IA demanda un acompañamiento ágil, tanto en el plano comunitario como en el individual. No se trata únicamente de incorporar herramientas, sino de crear las condiciones para que su uso fortalezca las capacidades críticas y creativas de las personas. Ello requiere políticas educativas y culturales orientadas a garantizar un acceso equitativo, desarrollar competencias técnicas junto con marcos éticos, y fomentar una comprensión profunda del contexto

“La IA mata la creatividad humana”. Al contrario: puede llevarla más allá de lo imaginable

histórico en el que se inscribe la innovación tecnológica. La creatividad genuina, crítica y responsable no florece en el vacío: necesita nutrirse de vínculos humanos sólidos y de una relación reflexiva con la inteligencia artificial, en la que la tecnología se asuma como interlocutora y no como autoridad. Y, como advierte Castell, para que la transformación digital contribuya a ampliar la participación simbólica, la diversidad cultural y la capacidad colectiva de producir sentido.

Estos debates condensan tensiones y disputas más amplias sobre el lugar del trabajo, el valor de lo humano y la transformación de los vínculos en un mundo crecientemente automatizado. También revelan una ansiedad contemporánea frente a la pérdida de ciertos privilegios simbólicos: si cualquiera puede producir contenido con ayuda de una herramienta digital, ¿en dónde queda el aura del artista original, la mística del “genio”, la autoridad del “autor”? Aquí resuena la advertencia de C. Wright Mills (1959): en tiempos de saturación informativa y confusión moral, no basta con acumular datos ni con adquirir habilidades técnicas; hace falta una forma de pensamiento que nos permita cuestionar e interpretar lo que vivimos, conectar biografía y estructura, y dotar de sentido nuestras prácticas. La imaginación sociológica, según Mills, es precisamente eso: la capacidad de comprender la experiencia individual a la luz del contexto histórico que la atraviesa. Crear, en este marco, no es un acto aislado, es una manera de habitar una época.

Esa misma clave hermenéutica aparece en Zygmunt Bauman (2022), quien concibe la comprensión como una práctica ética, abierta e implicada: comprender no es reducir el mundo, sino mantenerlo disponible para nuevos sentidos. Cuando una comprensión profunda se convierte en palabras, imágenes o gestos que responden a un contexto concreto —por ejemplo, al explicar un texto con nuestras propias palabras o adaptarlo a una situación específica— estamos frente a un acto creativo. En otro registro, Michel Foucault, en su conferencia “Nietzsche, Marx y Freud” (1970/2013), inscribe la interpretación en un campo de lucha: disputar sentidos, desmontar estructuras de poder y revelar los regímenes históricos que definen qué puede decirse, pensarse o hacerse. Desde nuestra lectura, esta concepción foucaultiana del interpretar como confrontación dialoga con la propuesta de Bauman: ambas destacan que comprender e interpretar no son actos pasivos, sino intervenciones que transforman lo que interpretan. Así, la irrupción de la IA no es solo un fenómeno técnico, sino un indicio de que algo cambia en el modo en que producimos sentido.

Quizás estamos siendo testigos del nacimiento de una nueva episteme, un *régimen de saber* donde conviven —no sin tensiones— la predicción algorítmica y la eficiencia operativa con formas narrativas, expresivas y poéticas que se resisten a ser sustituidas. Que tienen la fuerza vital de habitar cuerpos. Esta transformación no implica la desaparición de lo simbólico, sino su reconfiguración. Frente al riesgo de que lo cuantificable intente ocuparlo todo, el desafío no es rechazar la tecnología,

sino integrarla sin rendirle el alma. Crear en este nuevo escenario requiere más que nunca una actitud crítica, una escucha atenta y una apertura a la complejidad: no para conservar lo antiguo, sino para enriquecer lo que viene.

Allí donde la lógica técnica busca cerrar el mundo en patrones, la creatividad —como gesto humano— insiste en abrirlo. Crear no es aceptar lo dado, sino interrumpirlo: es hacer espacio. Como afirma Hugo Mujica —retomando en entrevista versos de su propia obra—, “el silencio encarnado es escucha” y “en el silencio, el silencio habla” (Rodríguez Navarro, s. f.). Desde allí, la palabra poética no se impone como sentido clausurado, sino que habilita un umbral desde el cual algo puede comenzar a desplegarse. Ese silencio fecundo, ese borde donde lo indecible empieza a tomar forma, no puede ser programado. Porque no nace del cálculo, sino de la escucha. Porque no busca anticipar, sino vibrar con el mundo.

La creatividad no es una esencia, es una práctica. Y como toda práctica, puede cuidarse, expandirse y compartirse. Si logramos integrar la IA como aliada y no como amenaza —como interlocutora y no como ama— lo que se abre no es un final, sino un espectro de posibilidades de creación compartida, situada y encarnada. La creatividad humana, la misma que nos interpeló al preguntarnos si sigue siendo patrimonio exclusivo de nuestra especie, tiene fuerza en lo colectivo, en el cuerpo, en la escucha, en la palabra y en el deseo.

\*\*\*

En el proceso de elaboración del presente ensayo hicimos uso de herramientas de IA, particularmente ChatGPT, como apoyo para ordenar ideas, revisar redacción y explorar referencias. No delegamos en la herramienta el acto de pensar: dialogamos con ella. Reformulamos, criticamos, reescribimos, incluso observamos con atención sus sesgos. Al generar una imagen con Copilot de Microsoft, utilizando el *prompt* “La IA mata la creatividad humana”, el resultado reflejaba estereotipos. Las tecnologías también están situadas: hablan desde los datos con los que fueron entrenadas. Por eso, es necesaria una mirada crítica, sensible y comprometida.

## Referencias

- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama.
- Castells, M. (2000). *La sociedad red*. Alianza Editorial.

“La IA mata la creatividad humana”. Al contrario: puede llevarla más allá de lo imaginable

Bauman, Z. (2022). *Hermenéutica y ciencia social: Abordajes de la comprensión*. Ediciones Unesp.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de sueños.

Foucault, M. (2013). Nietzsche, Marx y Freud. En M. Foucault, *Microfísica del poder* (pp. 29–54). Siglo XXI Editores.

Montero, R. (2013). *La ridícula idea de no volver a verte*. Seix Barral.

Mills, C. W. (1959). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.

Muro, M., Methkupally, S. y Kinder, M. (2025, 19 de febrero). The geography of generative AI's workforce impacts will likely differ from those of previous technologies. *Brookings Institution*. <https://www.brookings.edu/articles/the-geography-of-generative-ais-workforce-impacts-will-likely-differ-from-those-of-previous-technologies/>

Navajas Cawood, E. Vespe, M., Kotsev, A. y van Bavel, R. (Eds.) (2025). *Generative AI Outlook Report. Exploring the Intersection of Technology, Society and Policy*. Publications Office of the European Union, Luxembourg. [https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/bitstream/JRC142598/JRC142598\\_01.pdf](https://publications.jrc.ec.europa.eu/repository/bitstream/JRC142598/JRC142598_01.pdf)

OECD (2024). *Job Creation and Local Economic Development 2024: The Geography of Generative AI*. OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/83325127-en>

Rodríguez Navarro, E. D. (s. f.). Entrevista a Hugo Mujica: “Para mí el sentimiento más profundo que conozco es la gratitud por la existencia”. *Revista Global*. Recuperado el 25 de junio de 2025, de <https://revistaglobal.org/entrevista-a-hugo-mujica-para-mi-el-sentimiento-mas-profundo-que-conozco-es-la-gratitud-por-la-existencia/>

Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección: Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón.

Unesco (2021). *Recommendation on the ethics of artificial intelligence*. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000380455>

World Economic Forum (2025). *Future of Jobs Report 2025. Insight Report*.  
[https://reports.weforum.org/docs/WEF Future of Jobs Report 2025.pdf](https://reports.weforum.org/docs/WEF_Future_of_Jobs_Report_2025.pdf)